

## EL ORACULO MANUAL DE LUCAS FERNANDEZ DE PIEDRAHITA

Al doctor José Manuel Rivas Sacconi.

Lucas Fernández de Piedrahita realizó magna síntesis de todas las varias y en veces prolijas crónicas sobre descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada, constituyéndose en patriarca de los historiadores neogranadinos y haciendo que su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* ocupe sitio príncipe en la historia de América<sup>1</sup>. Ya, por esta razón, bien pudiera ser su obra un Oráculo manual.

Para construirla consultó, con sosegada paciencia, extensas fuentes: Juan de Castellanos, Antonio de Herrera, fray Pedro Simón, Juan Flórez de Ocariz, Alonso de Ercilla, Bernardo de Vargas, Antonio de la Galancha, Pedro Ordóñez de Ceballos, Inca Garcilaso y Pedro Cieza de León, así como numerosas relaciones de los primeros conquistadores (III, I, 68), historiadores y vecinos de Santa Marta (III, I, 68) y el archivo de Simancas, al menos en lo referente a la información de Jerónimo Lebrón de Quiñones contra los Quesadas y primeros capitanes del Nuevo Reyno (VI, I, 194).

La *Historia general* de Lucas Fernández de Piedrahita está situada casi en la frontera de la crónica. Tuvo el raro

---

<sup>1</sup> Las citas están tomadas de la edición de Amberes, 1688, uno de cuyos ejemplares perteneció a don José María Vergara y Vergara y reposa ahora en la Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo. Existe allí, también, un ejemplar de la edición de 1880 que hizo don Medardo Rivas, en su propia imprenta. Esta añade a la anterior el estudio de don MIGUEL ANTONIO CARO sobre *La Conquista* y la *Noticia biográfica* que sobre el obispo Piedrahita escribió el Coronel JOAQUÍN ACOSTA. Los números de las citas indican el libro, el capítulo y la página. La ortografía y la puntuación han sido modernizadas.

privilegio de leer la *Relación historial* de Quesada mientras a su mesa dialogaban los demás cronistas. También oyó a viejos pobladores el fresco relato de ya murientes episodios. Conversó con gentes antañonas como refiere cuando re-cuenta las procesiones de los indios (I, iv, 24) o cuando describe las costumbres de los indígenas (II, i, 30, 40, 45) o narra el descubrimiento de las minas de Rico (XI, vii, 480). Bien pudo en su adolescencia escuchar a Rodríguez Freyle y, al estudiar con jesuitas y dominicos, detenerse a revisar bibliotecas, archivos, legajos y aun 'carneros' de Santa Fe y también de Tunja.

Fernández de Piedrahita no es fácil estilista. Escribía en la atmósfera de su instante, en el que predominaban hinchada cláusula y rebuscado voquible, pero escribía en parsimonioso ámbito desde la celda de un convento de Sevilla. Para gustarlo se necesita detenerse en su prosa, olvidando toda prisa. Entonces su dicción adquiere ancha fuerza y elegante contorno y va surgiendo una visión severa, suntuosa y clara de la historia. Tal lectura pausada elimina los largos períodos, cuando éstos sobrevienen, y asombran entonces la diáfana contextura, el dominio verbal sobre el proceso lógico, la riqueza de expresión, la fluidez, la galanura, la simpleza de la suntuosidad, elementos que conforman una textura literaria entre barroca y clásica, capaz de producir exposición suelta y apretada hermosura. Aun haciéndole tacha de ampulosidad o longura en algunos períodos, se le debe reconocer que lo realiza con implacable orden, y que si utiliza brevedad en la cláusula, es caudillo de la concisión.

A más de su educación humanística, filosófica y teológica, se nutrió en autores de la historia antigua y contemporánea. A cada paso campea esa vasta erudición, cuando compara sucesos de la historia indiana con hechos de la historia universal. Los escritores de su época, iluminados por el culteranismo, no lograron deteriorar su atildada visión clásica. De allí proviene que ese estilo tienda a lo ático y

a veces merodee en el límite del conceptualismo. Apenas en el límite. Su estructuración clásica lo salva y lo constituye en maestro del idioma. De sus preceptores antiguos recaba euritmia, pero de sus mentores contemporáneos recibe la pasión por renovar la luz del lenguaje. Con frecuencia recurre al paralelismo, antinomia y antítesis en vocablos, imágenes, ideas, pero sin llegar al exceso de los conceptistas y sin perder la perspectiva de la diafanidad.

Aun en los momentos en que el relato se fatiga — así lo exige el tema — no descuida el pergeño literario. Burila cada cláusula, escoge con precisión los verbos, ama los sustantivos definidores, utiliza el epíteto pétreo, pero siempre somete el léxico a los hechos narrados, y en la elección suntuaria del idioma acude a la justeza y armonía. Todo está elaborado, hasta lo trivial.

Su recuento historial se desarrolla en planos o, más bien, estratos cronológicos. Toma tres puntos de partida — Tocoayo, Santa Marta, Popayán — y desde ellos avanzan las expediciones conquistadoras. Se produce sucesivamente el corte en la narración a determinado momento. Se ve, pues, — mediante este sistema — avanzar, a un mismo tiempo, a los tres ejércitos, hasta llegar al Valle de los Alcázares y sentar la Fundación de Santa Fe de Bogotá, y después repartirse o continuar las exploraciones desde estas tres gobernaciones del Nuevo Reino de Granada. Aunque este sistema produce una especie de simultaneidad temporal, también a la larga da impresión de isocronía.

Sin embargo, los libros I y II y el XI y XII — a partir del gobierno de Juan de Montaña — se excluyen de este procedimiento. El libro I es una composición de lugar, hecha con rigor de naturalista y destreza de letrado, sobre orografía, clima, fauna, flora en el imperio de los chibchas y una descripción de las tribus de pijaos, panches, laches y moscas o muiscas con sus costumbres, creencias, ritos, sacrificios, palacios y la expansión imperialista del zipa frente al zaque y circunvecinos reinos.

A partir del libro XI —al llegar el visitador Juan de Montaña— ese ritmo se vuelve más lento. Tal vez el escritor está más cercano a la época o ya se ha desprendido de los viejos cronistas y puede entregarse al flujo de una narración más próximamente intuída. Entonces comienza un análisis más profundo del interior de los agonistas, entran relatos al tenor de leyenda, y se insinúa una contraposición entre el funesto oidor Montaña y la apostólica presencia del arzobispo fray Agustín de la Coruña.

Entonces alumbrá un ritmo de crónica, que se advierte sobre todo cuando se narra la preocupación de Montaña por labrar grillos y cadenas para hacerse temer (XII, I, 503), o la pretensión de casar a Alonso Téllez con la prima del oidor (XII, III, 516) o la acusación que de su propia amante entabla el cura relajado (XII, IX, 593). También a lo largo del libro XII, destellos de ironía, ausentes antes y condimento ahora, salpican la relación (XXI, III, 520, IV, 525, V, 538). El estilo se suelta y se introducen pinturas de crónica en las que hasta el diálogo aflora. Así acontece con esa misma historia del cura relajado (XII, IX, 593) y la rebelión de Bayano (XII, IV, 529). Este procedimiento literario de crónica empieza a acentuarse, con el hallazgo de las minas de Rico (XI, VII, 480) y con la revuelta del negro Miguel (XI, VII, 483). Esta última es casi tragicomedia y daría parvo ejemplo de las dotes de comediógrafo que Fernández de Piedrahita ensayó. Así como los discursos de caudillos recapitularían sus dones de orador, que, según tradición, fueron excelentes. Entre los discursos insertos en la *Historia general*, uno merece mención singular porque en labios de Benalcázar se oye una antevisión de la colonia (VI, IV, 211 y sig.).

El ritmo isocrónico de la narración —entre los libros III y X— se interrumpe de tiempo en tiempo para tallar la figura de los agonistas y la fisonomía de las ciudades. Son hitos de síntesis respecto a los elementos fundamentales de la empresa narrada. Con ello se profundiza la visión his-

tórica y se resaltan valores que la narración continuada impide.

El historiador esculpe la figura de un protagonista, por lo general ante su muerte o ante una hazaña. Entonces con maestría mezcla rasgos físicos con trazos morales, o compara episodios existenciales para burilar una exacta imagen. Usa el contraste para que se relieven virtudes o vicios, y utiliza la antinomia de palabras o gestos para que el perfil sea adecuado. Tales descripciones son a veces un epitafio como el que dedica a Nicolás de Federmán (VII, iv, 267), o un cuadro monumental de silencio como la muerte del zaque (IX, i, 346) o una aguafuerte como el azaroso fin del rebelde Lope de Aguirre (XII, vii, 585). Pero la mayoría son esculturas verbales, porque las palabras tienen más escorzo de piedra o mármol que fluidez de óleo. Son síntesis biográficas en las que, extremando los elementos de la antítesis, se define a ese héroe que sucumbe como hombre: se destacan Hernán Pérez de Quesada (X, vi, 423) y Sebastián de Bernalcázar, a quien sitúa entre Pizarro y Cortés. Estas son las magnas estampas de Hernán Pérez de Quesada:

Era hombre de buena y robusta presencia, agradable sobre encajecimiento a cuantos lo trataban; templado en las cosas prósperas y sufrido en las adversas, de costumbres populares para gobernar hombres, y de notable destreza en regir un caballo; pagábase de la lisonja, y aun comprábala, porque su inclinación lo arrastraba al aplauso, su liberalidad pareció más de príncipe que de particular. En menos de dos años y medio que gobernó por su hermano, derramó entre forasteros y soldados más de ciento y cincuenta mil pesos de oro, ¡suma espantosa!, y que haciéndolo bienquisto, le fabricó los primeros tropiezos para su caída. Señalose entre los conquistadores del reino siempre que concurrió con ellos en alguna facción. Fue el primero que entrando en la provincia de Muzo, abrió camino a la mayor riqueza de esmeraldas que admira el orbe. Pagose de su valor Furatena, señora de aquellos países, y pretendiólo para esposo, porque sus prendas fueron amables aun para los bárbaros. Con desgracia intentó el descubrimiento de la Casa del Sol; con gasto y trabajos excesivos, la conquista del Dorado; y como anuncios el uno y otro de un mal suceso, lo condujeron otra vez al Reino para que la emulación lo arrojase a donde un rayo se acreditó de que siempre obra en lo más fuerte. Pero no dejaron estas prendas de

mezclarse con algunos defectos de la fragilidad humana: notáronse muchas flaquezas en que ordinariamente tropieza la juventud. La vanagloria y ambición tan poderosas en el temperamento de su genio, pusieron a todo el Reino en lance de perderse en la entrada de Lebrón, a no valerse su propia desconfianza de las artes de sus amigos. La sencillez de ánimo y facilidad que tuvo en dar crédito, ignoró el blanco a que tiraban los informes afectados que le hacían: por eso abrazó con imprudencia el error de cortar la cabeza al cacique de Tunja. Codició los bienes ajenos con ceguera, pasión que reina en los que derraman los propios con desorden, y así fue gran parte en la injusta muerte del rey de Bogotá, y aun quizá la más culpada, pues elegido para su defensor, no solamente faltó al oficio, mas trocándolo al de fiscal, dejó correr la injusticia hasta el precipicio de tan gran desacierto.

#### Y de Sebastián de Benalcázar (XI, VIII, 489-491):

Con esas baterías, asestadas por tantas partes, no fue mucho que a breves días lo viesan caído sus émulo del gobierno que había merecido, y en la prisión que no había imaginado; sintiolo sin faltar al sufrimiento, y aunque su ánimo fuese siempre invencible, cavó mucho para contrastarlo el recuerdo de sus servicios continuados al resplandor de su fidelidad, y la estimación con que en otros tiempos los había mirado el Consejo para relevarlo de las residencias con que eran trabajados otros gobernadores y capitanes famosos. La ingratitud de muchos que habían militado debajo de su mano, no fue pequeño torcedor al estado en que se hallaba, porque no llegó a discurrir que a la falta de la dependencia terminan las sumisiones. A muchos cargos que le hicieron pudo satisfacer con la generalidad de haber sido culpas originales en todos los conquistadores; pero en la muerte de Robledo y de sus capitanes, conoció, aunque tarde, que aquella destemplada resolución no podía parar en menos, ni de la confianza que hizo de un mal consejero podía salir su persona sin lastos crecidos del crédito que había tenido. Oídos finalmente los descargos que pudo dar en su abono, fue remitido preso a Cartagena para que de allí pasase a oír la sentencia en esta corte; pero como a limas sordas del sentimiento no hay diamante que no desfallezca, pudo tanto con Benalcázar la consideración de la fortuna en que se hallaba, que a pocos días de llegado a Cartagena, lo puso en el teatro de un lecho, donde, sirviéndole de verdugo y cuchillo el pesar, rindió la vida con lástima grande de los que por vista y fama lo conocían.

Este fue el paradero de las fortunas de Benalcázar, siempre dichoso en todas las empresas que intentó en las Indias: ningún conquistador, como él, de primera magnitud, corrió más reinos, ni

tantos ni con más felicidad, pues en los de la Nueva España lo aclamaron victorioso; en los del Perú, formidable; y si alguna vez dejó de parecer invencible, no se consiguió a ventajas de valor sino a las excesivas de gente española, gobernada por un Gonzalo Pizarro. A los belicosos pijaos no les pareció que tenía bríos para probados dos veces. El Nuevo Reino de Granada debe gran parte de su lustre al prudente consejo que dio para que lo poblasen: en él antepuso cuerdo los créditos de su fama a los intereses del oro, porque éstos casi siempre desaparecen antes que el dueño falte, y aquéllos labran memorias en la posteridad con el buril de las plumas. Con poca fortuna y menos plata que otros, entró el general Centeno en la categoría de los conquistadores del Perú, y, mientras ellos caído, se levantó sobre todos en las guerras civiles de aquel imperio, porque atendió más al crédito de leal que a la conveniencia de rico, más al pundonor de vasallo que a la neutralidad de vividor, y, como si hubiera practicado en las máximas del marqués de Pescara, cuánto más plausible le fue besar el pie al César como vasallo quejoso, que competirle como rey avergonzado; camino real fue éste que siguió siempre Benálcazar, pero notáronle algunos, y entre ellos Quesada, que jamás huyó en las conquistas si no fue de tener cabo superior, y de nada fue tan impaciente como de encontrar con otro que le igualase. Por eso destempló su prudencia para juzgar de Robledo cuando lo miró como igual, lo contrario de lo que aplaudió en él cuando lo tenía inferior. La crueldad detestable de pasar a cuchillo todas las mujeres y niños de Quioche en el reino de Quito, y el rigor inhumano de enterrar vivos más de trescientos indios en Riobamba, amancilló de suerte su nombre, que dio fundamentos para que se atribuyese a parto del odio y no a celo de la justicia la muerte de Robledo. En el castillo de Benalcázar tuvo su prodigioso nacimiento, siendo mellizo de otros dos hermanos y, dejado el apellido heredado de Moyano, corrió con el de Benalcázar por todas las Indias y puestos de la milicia, hasta conseguir el de adelantado y gobernador de Popayán, donde dejó hijos tan herederos de sus hazañas como lo acreditó el mayor, don Sebastián de Benalcázar, en la sangrienta guerra de los pijaos, de que después trataremos.

A excepción de San Luis Beltrán (XI, vi, 475), fray Luis Vero (XI, viii, 490; XI, vi, 475) y del Obispo Agustín de la Coruña (XII, ix, 589), a quienes encomia para la canonización, a los demás mira en su dimensión humana. El buril se suaviza, sin embargo, y se enaltece para labrar las figuras de dos soldados, Martín Labrador, sagaz tanteador de caminos (VI, vi, 230) y Alonso Suárez Lancho, prototipo

de magnanimidad (XII, vi, 553), a quienes, por más humanos, dedica exaltación más pura. A los indígenas Thysquesuzha (V, vi, 181), Neméquene (XX, xi, 59), conversos o idólatras, también aprecia, exalta y cincela. Vasto relato épico destina al renuente Alonso Jeque (VI, vii, 236), así como en torno del negro Miguel y de su reina Guiomar, rebeldes en Barquisimeto, hace un paso de comedia (XI, vii, 483). A Montaña — cuando surge el pérfido oidor, cambia el ritmo estilístico — sigue en su acción externa de mal gobierno, pero sobre todo en su descenso psicológico hacia la perdición (libro XII), hasta signarlo con el retablo de la patética muerte (XII, vi, 546).

Las figuras de mujer aparecen de cuando en vez. La conquista era estadio más para varones. Pero las destaca en momento oportuno al referir costumbres indígenas o cuando las mismas mujeres acuden necesariamente al relato.

Bello elogio tributa a las mujeres indias de Guane (VII, ii, 253) y férvida estampa a esa india que acompañó a Lázaro Fonte en el destierro (VI, ii, 201). Allí Furatena, señora de esmeraldas (*fura* 'hembra', *tena* 'varón') (V, i, 153 y X, v, 424), enamorada de Hernán Pérez, el sensual, surge con los sutiles trazos de guerrera y se anticipa a la doña Bárbara Caballero y Alzate, Marquesa de Yolombó, y a la doña Bárbara de los llanos de Venezuela.

Otra perfecta imagen crece sobre la narración, aunque con sino trágico: es la mujer de Juan de Montaña, doña Catalina de Sotomonte (XII, i, 500 y sig.) que, superior al marido, pretendió siempre alejarlo de la tiranía: es hermoso el elenco de razones que ella acopia para aconsejar a su marido. Asimismo fluye la tragedia de la mujer de Francisco Hernández, arrebatada por los indios del Magdalena, y a la que consagra responso patético (IX, v, 369). Pero la apología de la mujer —indiana, mestiza e hispánica — quedó consignada definitivamente en el epílogo de la obra:

La tercera y última singularidad sea, por más que la atribuya la razón a la mucha altivez de sus conquistadores, que habiendo en el Nuevo Reino tantas mujeres nobles, hijas y hermanas de reyes,



caciques y uzaques, que sin menoscabo de su lustre pudieran recibir por esposas los más nobles que pasaron a su conquista, como se practicó en las demás partes de la América, no se hallará que algunos de todos ellos casase con india, por más calificada que fuese; y no, a mi entender, porque notasen desigualdad en la sangre, sino porque, mirándolas gentiles y en la sujeción de prisioneras, se desdeñó el pundonor castellano de recibir en consorcio a quien no asintiese a él con libertad de señora y educación de católica, de que resultó ocurrir a Castilla los casados por sus mujeres y los que no lo eran a elegir de su misma nación a las hijas o parientas de aquellos, o a las que por otro accidente decoroso habían pasado a Indias, de quienes se fundaron las muchas casas de caballeros que ilustran el Nuevo Reino de Granada, cuya historia menos oculta a las noticias, proseguiremos después hasta el año de 1630 (XII, ix, 599).

Unida esta apología al relato de su genealogía materna (VI, iii, 210), al doliente de la exterminación de los indios y al surgimiento de una nueva raza (XI, iv, 457 y sig.), se completa el cuadro de la mujer.

Similar proceso literario, pero acomodado al propósito, sigue el escritor respecto a la descripción de las ciudades. Son también hitos en el relato y Fernández de Piedrahita se desprende del planteamiento de los cronistas para hacer una visión que no se queda en la época historiada sino que asciende hasta el momento en que escribe. Extrae, pues, a las ciudades de la cronología, y las coloca hasta la Colonia, rompiendo con ello la isocronía.

Contrastan unas con otras y son precisas en los detalles. Allí está Popayán con su arquitectura templada (IV, i, 111). Cali con su ubérrima tierra (IV, i, 111 y 112), Cartagena con sus fortificaciones ciclópeas (III, iii, 147), Antioquia con su riqueza aurífera (XI, vi, 377), Tocaima con su infortunado fundamento pero fortunoso clima (X, iv, 408) y Mariquita con la finura de sus metales (XI, vii, 486). A Mompox (VI, vii, 243), Riohacha (X, vii, 435), Pamplona (XI, v, 468), Tolú (III, iv, 87), Vélez (VI, v, 224), Mérida, Caracas, Remedios (XII, vii, 555 y sig.) dedica vados en medio de la narración. A cada ciudad define en su contorno, ese que

sigue guardando históricamente, y para lograr el cuadro entremezcla perfiles arquitectónicos con líneas telúricas. Ninguna es igual a otra. Pero dos magnas estampas se destacan: la de Santa Fe y la de Tunja, poblaciones muy cercanas al corazón criollo del historiógrafo. Al configurar el alto relieve de Santa Fe (VI, iv, 214), abarca un siglo y se engrosa la población desde el momento en que ganó el título de ciudad: crece la villa con sus calles, edificios, conventos, colegios, vecinos, costumbres, odores, gobierno. Asimismo, aunque en menos espacio, trata a Tunja (VI, v, 225), acentuando esos escorzos arquitectónicos que todavía la embellecen y añadiendo la acuarela más modesta de las villas tributarias, Chiquinquirá, Ráquira y Monguí.

Oro, esmeraldas, perlas, plata, motivaron la venida y acrecieron la codicia de los conquistadores. El historiador no podía ocultar ese hecho. Así se maravilla al enumerar los tesoros del Reino de Pamplona: “las minas más ricas de oro, que, a mi entender, se han hallado en las Indias, no atendiendo a la duración que tuvieron sino a la cantidad que mientras se labraron rendían” (XI, vii, 480). Encomia las esmeraldas de Muzo, y a este propósito entabla una discusión, igual a la que Fernández de Oviedo hace sobre las perlas de Cubagua (Libro XIX, Cap. viii) en su *Historia general y natural de las Indias*: “minerales que no se sabe haya otro que los tenga, ni en otras partes fuera de Muzo y Somondoco” (V, ii, 156). Y de Mariquita comenta: “tan aclamada por la calidad de su plata, como el Potosí por su cantidad” (XI, vii, 486). Con velada ironía presenta los señuelos del Dorado (IX, iii, 355), Casa del Sol (XI, v, 467) y tesoro del zaque (V, iv, 169). Y página profunda dedica al trabajo de los indios en las minas para derivar a un análisis sobre las causas de su disminución (XI, iv, 457 y sig.).

Páginas luminosas o anécdotas de pincelada ha dejado, al referir el incendio del templo de Sugamuxi (V, v, 172),

la travesía del Salto de Olalla (VIII, III, 314), la construcción del puente de bejucos (II, I, 31), la imposición de la primera tasa (XII, IV, 527), la violación de la Caja Real (VIII, I, 303) y el proceso para realizar una cirugía (X, V, 414).

Si la crónica sirvió a los griegos y a los hispánicos para construir su teatro nacional, bien pudiera esta *Historia general* proporcionar fuentes preciosas, que estaban en los cronistas pero que aquí se resumen. Los argumentos — núcleo dramático — irrumpen: la ceiba del patíbulo (X, V, 418) o el veredicto de Montañón (XII, I, 131) y muchos de los cuadros ya citados.

Fernández de Piedrahita es un excelente narrador. Ninguna situación lo arredra y a todos supera, relate costumbres, utensilios, regiones, peripecias, artesanías, solemnidades, batallas terrestres o fluviales, combates de hombre a hombre. Sinnúmero de estas narraciones constitúyense en altorrelieves. Destácase la exploración de Jiménez de Quesada que culminará con la fundación de Santa Fe (III, V, 103 y sig.). Todas las virtudes de estilo — desde el llano recuento hasta el subido concepto — entran en este episodio renovado por el historiador con acento epopéyico.

La batalla fluvial, acaecida arriba de Zompallón (VI, VII, 239), la estrategia utilizada por Galeano en el asalto a los guanés (VII, II, 256), el ataque al foso en la guerra de Tundama (VII, V, 281), la acometida de San Martín en la campaña contra los panches (V, I, 148), son muestras de agilidad en la narración bélica. Allí se movilizan canoas o gandules o caballerías. Hay un breve cuadro que memora a Homero:

Pero señalábase entre todos el capitán San Martín, jugando la lanza con tanta destreza, que no erraba golpe de cuantos tiraba, con menoscabo de sus contrarios; y porque entre todos sobresalía uno en estatura, fiereza y brío, y en severa majestad, con que se hacía respetar de todos, animando con las reprensiones a los que se movían con tibieza, y alentando con el ejemplo a los que se de-

tenían con temor, pareciéndole al capitán San Martín que, según las señales, era el más principal caudillo de todos, y que le sería muy conveniente quitárselo de los ojos postrándole el brío, esperaba coyuntura para no malograr el intento con el embarazo de la multitud que siempre se le ponía por delante, hasta que, dándole algún lugar las tropas enemigas, con ocasión de cogerle las espaldas, soltó la rienda al caballo apresurando la carrera con tanta destreza, que antes de poder ponerse en seguro el gandul disforme, le dio tan mortal golpe, que entrando la lanza por el hombro y saliendo la cuchilla por el costado, le obligó a dar una grande voz, a tiempo que, cayendo en tierra, hizo la conmoción que pudiera un robusto tronco al postrer golpe de la cuchilla. Y fue de tanta importancia el fin violento de aquel salvaje, a quien daban tributo como a cacique y prestaban obediencia como a cabo, que, heridas del temor las escuadras que restaban, con el horror que les causó el último grito, se desordenaron, de suerte que, desmandadas, volvieron las espaldas por aquella cuesta abajo, asombrados de ver muerto a quien juzgaban invencible, solicitando cada cual de los panches escapar por la parte que sus pies y buena fortuna lo encaminase, y dejando la victoria en manos de diez y siete españoles (V, 1, 150).

Fernández de Piedrahita inaugura cierta filosofía de la historia en Nueva Granada, no porque se proponga crear una tal filosofía sino porque encuentra juicioso, ante determinados hechos, pronunciarse en ideas, sin abandonar su actitud de historiador. Así ocurre cuando discute, y lo hace de continuo, la relación entre indígenas y españoles. Siempre asume posición intermedia y siempre objetiva. El mismo, al encabezar el capítulo iv del Libro VII, dice:

Es alma de las historias la verdad, y debe ser norte a que mire la pluma su resplandor, porque, como el cuerpo necesita de espíritu, para no padecer los efectos de la mortalidad, y el bajel, de la estrella, para no salir de los rumbos que lo dirigen al puerto, así la historia verdadera, aunque se halle desnuda de las otras calidades que admite, se conserva inmortal y venerada; y la pluma que se guía por el norte que debe, arriba feliz al puerto, aunque se haya engolfado en las más extrañas tempestades del tiempo. A esta empresa anhelaron muchos escritores, pero empeñados algunos en los escollos del odio y gobernados otros por la ceguedad del amor, dejaron sin alma sus obras y perdieron en el golfo de sus escritos el norte. Parecioles quizá que si con los aplausos de la virtud que celebraban mezclaban los

vicios, o con la relación de ellos recordaban virtudes, caerían en el defecto de no consiguientes, y dieron en el de apasionados: como si no fuera valentía del pincel de la pluma poner a los retratos de grandes héroes las sombras de sus defectos, y dar a la pintura de los más formidables los lejos de sus virtudes. Pocos varones ilustres celebran los mejores historiadores sin darnos bastante materia para el vituperio en algunas de sus obras, y sobrado asunto para el aplauso en los más de sus hechos; y como no se libró de estas alternadas acciones el general Quesada, y haya de seguirse la pluma por el impulso de la independencia, será forzoso que cuando relata lo heroico de sus hazañas, no disimule la fealdad de sus desaciertos, para que cuanto más sus virtudes animaren a la imitación, tanto más se retire de la sombra de sus defectos quien aspirare a las glorias de la virtud.

Testimonio de su imparcialidad es también todo el Libro VII en que se relatan las rebeliones de los muiscas, motivadas por la injusticia de encomenderos. Otras páginas memorables se acreditan a su vocación de filósofo de la historia neogranadina. Son aquellas que se refieren a las causas de la extinción de los indios (XI, iv, 457 y sig.), al cuidado que se ha de tener en la elección de los Visitadores de Indias (XII, i, 501), a la rebelión de los indios en Trujillo por opresión de españoles (XII, v, 532), a los comentarios sobre las discutidas Leyes de Indias (X, iii, 399 y sig.), a la sátira contra el escribano Antonio Téllez, quien gobernó a Armendáriz (XI, v, 466), a la reflexión sobre el arte del gobierno (XII, i, 500). Es curioso observar que estas apreciaciones se hallan en los dos últimos libros, cuando ya su visión se revestía de más acento personal. También pueden citarse las biografías de los héroes en las que se resumen contradictorias vidas. Allí también se patentiza ese intento filosófico.

En este asunto de su anhelo por establecer una filosofía de la Conquista, resalta la memoriosa página sobre la extinción de los indios:

Si en la forma de la repartición que va dicha, funden los corregidores de indios buena parte de aumento a sus caudales, será fácil de entender, pues, cómo los naturales vayan tan violentados a la mita de minas, sin dificultad sabrán disponer que la suerte vaya

cayendo sobre los que reconocen más ricos, para que por medio del dinero se releven de aquel trabajo, y fácilmente podrán enmendarlo volviendo a sortearlos a su arbitrio, hasta que la mita termine en los más pobres, que viene a ser la forma que se practica, y con la que se proveen las minas de plata de Frías, Lajas y Bocaneme, y las de oro de las vetas de Pamplona y Montuosa alta y baja, y una de las causas de la disminución de los indios del Nuevo Reino, que se va experimentando, porque éstos, por huir la vejación que en tan penosa ocupación reciben, si de milagro escapan las vidas, se ausentan en tropas al reino de Quito o provincias de la costa, donde tienen por menos daño el ser tratados como forasteros. Y aunque algunos sientan que ésta es la causa única de la destrucción de los indios, con todo eso, los que tenemos más experiencias, bien que reconozcamos ésta por una de las grandes que hay para semejante disminución, también hallamos que el trabajo personal introducido en las provincias de Cartagena, Santa Marta, Mérida, Muzo y la mayor parte de tierra caliente, y el de la boga en los ríos de la Magdalena, Zulia y Orinoco, no es menos perjudicial que la que va referida, aunque la principal y que sobresale entre todas, nace del desenfrenamiento con que los españoles, mestizos y negros se han mezclado con las indias, sacándolas muchas veces de sus pueblos, de que se sigue y ha seguido la muchedumbre de mestizos, zambos y cholos que hay; y como éstos se enumeren en el gremio de los españoles, y por no mezclarse las indias con sus iguales, hayan dejado de parir tantos indios como de esos otros géneros de hombres han producido; de aquí viene a ser el origen principal de la disminución de indios apurados, que se lamenta. Y si de doscientas mil personas que tenía Granada cuando se rindió al rey católico, apenas se hallaron quinientos hijos y nietos apurados de moros, ¿qué podrá esperarse brevemente sino la total destrucción de los indios puros, en quienes carga todo el peso de los tributos? (458-459).

Dentro de esa actitud filosófica se puede consignar su posición frente a Las Casas (X, III, 402-403) y su indignación contra los abusos de los españoles (XI, I, 342 y sig.) en el trato a los indios, lo que en el decurso del relato historial había venido cumpliendo circunstancialmente. Su juicio sobre Las Casas queda protocolizado a propósito de la promulgación de las nuevas leyes:

Mientras en el Reino pasaban las cosas que se han referido en los capítulos antecedentes, no se hallaba en Castilla menos embarazado el emperador en elegir medios para el reparo de tantos desafueros como corrían en las Indias; porque habiendo llegado a España por

el año de cuarenta y uno algunos religiosos del Orden de Santo Domingo, y representádole los daños y perjuicios que causaba a los indios el mal gobierno de los españoles y abusos que habían introducido para sus conveniencias, sin que por ellos fuesen castigados ni reprendidos de los superiores que debían hacerlo, en que se dilataron con especialidad, lo que bastó para enternecer el corazón piadoso del emperador, fue tanto lo que se alteró de aquellas particularidades que le repetían en las audiencias fray Juan de Torres, fray Matías de Paz, fray Pedro de Angulo y fray Bartolomé de las Casas, obispo que fue después de Chiapa (si bien éste último con más ardiente celo, aunque vestido de mucha imprudencia, de que resultaron después graves inconvenientes), que ordenó luego al doctor Figueroa, de su Consejo de Cámara (que adelante fue Presidente de Castilla), visitase el de Indias por un modo extraño y poco practicado en estos tiempos, que fue teniendo suspensos de sus plazas a los consejeros todo el tiempo de la visita, y así faltó por muchos días este tribunal, y fray Bartolomé tuvo ocasión de multiplicar memoriales ante el Figueroa, pidiendo el remedio de los indios y aun mezclando tal vez algunas noticias que se pudieran excusar, aunque la santa intención que lo gobernaba era bien manifiesta.

Asimismo configura una clara crítica frente a paganas o bárbaras costumbres de los indios. Había recibido ambas sangres. Era, pues, un criollo. Hacía historia, en un momento de la segunda mitad del siglo XVII, cuando ya el criollismo se iba sedimentando y una personalidad propia arraigaba en el Nuevo Reino de Granada. Fernández de Piedrahita no sólo es un criollo sino que se considera como tal. Es hispánico y es indígena y sobre todo es americano que escribe como americano para peninsulares.

Así, pues, su visión histórica está blasonada de equidad frente al enorme problema del conflicto entre españoles e indios. Las dos vertientes de su sangre — hispánica e incaica — lo respaldan para enfrentarse equitativamente a la inmensa obra de historiógrafo que él se encomendó mientras hacía en Sevilla, ante el Real Consejo, defensa de las acusaciones por las que el oidor Cornejo lo había privado del cargo de Provisor en el Arzobispado de Santa Fe.

Como historiador — a más de la poderosa síntesis sobre el surgimiento de la Nueva Granada y a más de su po-

sición frente al conflicto entre hispanos y aborígenes — inició la ejemplar tarea de utilizar el rigor científico en la compulsación de textos. Cita con bastante exactitud, discute conceptos de los cronistas sobre un punto o hecho, y elige, tras el cotejo de razones, una versión personal. Si alaba a Herrera “como quien más bien supo y fielmente escribe las cosas acaecidas en estos reinos de España”(III, v, 98), antes lo ha rectificado (III, iv, 91). Es imparcial al juzgar a los hombres que actuaron en la gigante epopeya y al juzgarlos así instaure, aunque no sea ese su propósito, un enjuiciamiento de la historia que — sobre esa época y al prologar a Fernández de Piedrahita — completará dos centurias después don Miguel Antonio Caro en su magistral ensayo sobre la Conquista.

A usanza de otros escritores de la época, y aun de épocas anteriores, Fernández de Piedrahita encabeza algunos capítulos con párrafos de índole filosófica o de historia comparada. Son parvas y a la vez magnas meditaciones. Con ellas da dimensión universal a la historia indiana. Frecuentes ejemplos campearán más adelante.

Pero un alto número de sentencias florecen a lo largo del relato, las que pueden constituir, por su belleza literaria y profundidad ideológica, un Oráculo manual. Son sentencias que fácilmente pueden desglosarse y casi lo están dentro de la narración, aunque unidas a ella. Dan visión mental a los hechos y son en sí mismas lapidarias. Estas sentencias constituyen, pues, propiamente el Oráculo manual de Fernández de Piedrahita. Su contenido se asemeja al del maestro Baltasar Gracián. En conjunto no iguala, ni menos supera, al *Oráculo manual y arte de prudencia* del insigne Gracián, pero sí posee alto valor y depurada hermosura.

El *Oráculo* de Gracián es más extenso, variado y profundo, pero el Oráculo de Piedrahita posee propios quilates. Crea aforismos para la conducción de pueblos y gobierno de hombres. El mismo dice: “Ningún arte encontró la ambición con más dificultades para la práctica que el de go-



bernar hombres. Este ha sido el escollo en que peligraron las mayores capacidades”. Analiza en luminosa síntesis todas esas pasiones que sacuden al humano corazón, sea éste de caudillo o de príncipe. Por allí pasan la felicidad en mano de la inseguridad, la riqueza que acrece codicias, la prudencia y la constancia, la magnanimidad y la envidia y la veleidad y la ambición y la lascivia, examinadas con un golpe de intuición. Algunas máximas son pétreas: “cómpranse las felicidades a precios de muchos desvelos”; otras llevan una punyente iteración escalonada: “Es tan varia la condición del hombre, que no encuentra el discurso estado en que tengan quietud sus deseos: posee apenas el bien que apeteció, cuando la posesión le es tormento del que le falta; y apenas lo espera cuando en la esperanza halla la fatiga de no poseer el que deja”, y en una, sobre todo, la imaginación logra perfecta metáfora: “Enturbiada una vez el agua, tarde recobra la hermosura de su diafanidad; y no hay que asegurarse de incendios amortiguados mientras en algún tizón se conserva la llama”.

Queda, pues, consignado en seguida, con su precisión de análisis y su donosura verbal, este Oráculo. Tal vez sea un novedoso opúsculo que el ilustre prelado hubiera podido ensanchar, si él, que tan cerca conoció a los hombres, hubiera gozado de más holgura. Su vocación episcopal, en Santa Marta y en Panamá, no le permitió sino consagrarse al apostolado. Lo que se perdió para las letras — inclusive la continuación de su Historia — se ganó para el bien personal de muchos que le conocieron y veneraron.

Al recoger estas sentencias que conforman el Oráculo manual, varios problemas de presentación hube de afrontar: ¿era mejor ordenarlas por materias o por orden de aparición? ¿Convenía comentarlas o más bien dejarlas sin comentarios para que aparecieran desligadas de toda circunstancia? ¿Estos comentarios debían ir en seguida del texto o fuera de él a la manera de notas?

Al decidirme por hacer los respectivos comentarios a cada sentencia pude ver claramente una solución: las sentencias no debían organizarse por materias sino dejarlas en su orden de aparición. Los comentarios, bajo la forma de notas, les darían ilustración. Así las sentencias conservaban cierta intemporalidad y a la vez se veía su origen y su conexión con la historia. También las notas serían un hilo histórico y demostrarían que casi todos los acontecimientos de Nueva Granada suscitaron en Fernández de Piedrahita una reflexión.

He decidido, además, numerar las sentencias, número que corresponde a cada nota. Así podrá hacerse después una ordenación por materias.

OSCAR GERARDO RAMOS.

Universidad del Valle, Cali, Colombia.

### ORACULO MANUAL

#### 1.

Dilátanse las monarquías cuando la infelicidad se acuerda de algunas coronas y se olvida de otras, siendo presagio cierto de la desgracia de éstas la buena fortuna con que triunfaron de muchas. Pero si es achaque de lo temporal la poca consistencia con que procede en todo, díganlo tantos imperios donde la Providencia ha esculpido memorias en sus ruinas para desengaño de las seguridades humanas<sup>1</sup>.

(Lib. II, Cap. I, pág. 29).

---

<sup>1</sup> Trátase de la pérdida que sufrieron de sus reinos los caciques de Fusagasugá, Guatavita y Ubaque a manos de Neméquene. Al comentar que imperios esculpieron memorias en sus ruinas se refiere Fernández de Piedrahita a "los del Perú y México para encadenar sus historias y dar cuenta de los siglos pasados". Después comenta: "Tenemos entre manos el crecimiento del

2.

Poco sabe de riesgos quien hospeda extranjeros en su casa<sup>2</sup>.

(Lib. II, Cap. III, pág. 37).

3.

Prudente se gobierna el que sigue el curso de su buena dicha; los sucesos felices son los que la acreditan de verdadera<sup>3</sup>.

(Lib. II, Cap. III, pág. 38).

4.

No son tan cabales las dichas humanas que no se mezclen con ellas a cada paso las desgracias<sup>4</sup>.

(Lib. II, Cap. IV, pág. 42).

---

reino de Bogotá, terminado cuando más poderoso, y las buenas fortunas de tres monarcas gentiles, desvanecidas por los efectos repentinos de un acaso". Todo este libro II versa sobre la expansión del poderío de Bacatá quien pretendía sujetar también al zaque de Tunja.

<sup>2</sup> Eran los guatavitas "plateros de oro, y en este arte reputados por los más sutiles". Como los pueblos circunvecinos los necesitaran para labrar los ídolos, el Guatavita asintió en facilitarlos pero recibiendo, en cambio, dos gandules. El zipa resolvió entonces solicitar al Guatavita artesanos, al tiempo que le enviaba gandules que eran espías. Añade en seguida Fernández de Piedrahita un comentario de historia comparada: "Pensaba Honorio que exaltaba su monarquía admitiendo a los godos en ella, y abrigaba en su seno la ruina del imperio romano. Es carácter el amor de patria, y quieren todos mostrar que es indeleble con destrucción de la ajena. Hallábase el Guatavita con crecido número de gente en recompensa de los suyos, y sobre el aumento de armas y tributos le rebosaba la jactancia de que los mayores príncipes le daban obediencia pues le servían como vasallos propios más de tres mil gandules forasteros. Solamente a setenta y dos jacobitas descalzos hospedaron los gitanos, y del hospedaje le resultó a Faraón la opresión de su reino y naufragio de la vida. Eran casi todos los gandules vasallos del zipa, y cebado el Guatavita en el interés, no los miraba como interno peligro".

<sup>3</sup> Inmediatamente explica el autor el sentido de esta sentencia: "Mostrábasele favorable la fortuna al zipa Neméquene, y no quiso darle tiempo a que mudase el semblante, porque sabía que la guerra más cruda se hace con la fama; ésta lo había ensalzado en las victorias pasadas a una elevada grandeza y para que no descaeciese con dilaciones, volvió las armas al Ubaque, desamparado ya de los auxiliares".

<sup>4</sup> Un hermano del zipa gobernaba en la conquistada región de Guatavita. Codicioso, deseó apropiarse de los tesoros que el Ubaque tenía en un peñol

## 5.

Enemigo que te crías para destrucción del género humano: tú, que mueves las guerras y facilitas las paces, por quien se introdujo el dominio y la sujeción entre iguales y en los que nacieron libres; tú, que engendras las iras y rompes las amistades, para que no ocasiones de hoy en adelante nuevos peligros entre los mortales, y porque ánimos codiciosos no veneren en tí su desasosiego, quédate en la profundidad deste lago, donde para siempre te sepulten sus ondas; y ojalá pudiera yo hacer que todos los tesoros del mundo pasasen por tu fortuna, pues tus glorias las brindas con sobresaltos; si te buscan, es con fatigas; si te guardan, con recelos; y si te pierden, con desesperación. ¿De qué sirve la majestad, si la ultrajas? ¿De qué aprovechan las leyes, si tú las atropellas? Y si al que te goza quitas el sueño, para que duerman de aquí en adelante los que te buscan, bien pensado ha sido ponerte donde ni los rayos de la luna te alcancen ni los del sol te registren<sup>5</sup>.

(Lib. II, Cap. iv, pág. 81).

## 6.

No pienses vanamente que el número es el que pelea sino el esfuerzo disciplinado en las contiendas, porque la muchedumbre siempre causó los embarazos que ignora el valor, y a tener tú las experiencias de esto, supieras la ventaja con que se empeña quien ha visto la cara a muchos peligros<sup>6</sup>.

(Lib. II, Cap. viii, pág. 55).

---

situado en el centro de un profundo lago. Con engaño el hermano del zipa se adentró por tierras del Ubaque y se apoderó de las riquezas pero, asediado, las arrojó al lago.

<sup>5</sup> Con este texto se complementa el anterior: son las palabras, hermosas y desengañadas, que pronuncia el hermano del zipa al arrojar los tesoros al lago.

<sup>6</sup> Esta cita forma parte del discurso que el embajador del zipa pronuncia ante Quimuinchatecha, zaque de Tunja, en un esfuerzo para sujetarlo por la convicción, aunque el zipa estaba decidido a ir a la guerra para extender su imperio.

## 7.

Son muy falibles las opiniones del esfuerzo propio, y que vive engañado el que imagina agotada la valentía en beneficio particular suyo. Aseguraste las victorias como si no supiéramos que los buenos sucesos los reparte el Sol, sin que haya poder tan soberano que pueda darse por seguro de la inconstancia de la fortuna, que tan de ordinario se vuelve con reveses a quien primero se mostró halagüeña<sup>7</sup>.

(Lib. II, Cap. VIII, pág. 56).

## 8.

... solicita sus conveniencias, pues en contienda particular hará dudosa la pérdida, que sin ella le será evidente: si muere en ella, no añade desgracia a la última que le amenaza; y si pierde la batalla, aunque no muera en ella, todo lo pierde viviendo sin Estado, que es tormento más duro que la muerte...<sup>8</sup>.

(Lib. II, Cap. VIII, pág. 56).

## 9.

Tantas victorias continuadas dieron señas de una prosperidad infalible, y la mucha priesa de buenos sucesos fue la que se empeñó más en arruinarle; fueron de la condición de los vientos cuando soplan con demasía, que no aseguran tanto la navegación como el naufragio. Su ambición desordenada, compañera siempre de las desdichas, obligó a este príncipe a tomar resoluciones que tarde o temprano habían de pasar por la pena de temerarias, y cuando imaginasen llegar al puerto de la soberanía, habían de perderse en los escollos de la inconstancia. Lo más ponderable fue el que reinase el dilatado tiempo de veinticuatro años, quien se empeñó en tantos peligros, teniendo por alcázares de su recreo

<sup>7</sup> Esta alocución pertenece al embajador del zaque ante el zipa.

<sup>8</sup> Estas frases son de los uzaques del zipa. Ellos rechazan la propuesta del zaque. Este pretendía que la guerra entre los dos reinos se dirimiera mediante un combate personal entre el zipa y el zaque.

las campañas de sus contrarios; pero sin duda enseñó que se aseguran más años las vidas de los reyes en el estruendo de las armas que en el regazo de los palacios<sup>9</sup>.

(Lib. II, Cap. ix, pág. 59).

10.

... Por agravios tienen los príncipes soberbios todos los reparos que los menos poderosos aplican para defenderse de su tiranía<sup>10</sup>.

(Lib. II, Cap. ix, pág. 60).

11.

Por la suprema dignidad de su oficio debía atender más a ser árbitro de la paz que parcial de la guerra, como lo manifestó con los efectos, pues, compadecido del estrago lamentable que amenazaba aquella tempestad militar, se interpuso tan a tiempo entre los dos príncipes<sup>11</sup>.

(Lib. II, Cap. ix, pág. 61).

12.

Cómpranse las felicidades a precio de muchos desvelos, y la constancia en los trabajos es la que abre camino a ilustres progresos, porque el tesón en las fatigas es medio que tiene por fin el descanso<sup>12</sup>.

(Lib. III, Cap. i, pág. 63).

<sup>9</sup> Tomado del elogio que Fernández de Piedrahita hace del zipa Neméquene, quien murió en medio de la batalla. Dice al narrar ese momento: "Al tiempo que reconocía el fruto de sus hazañas, se halló herido de una saeta desmandada, que disparándose acaso, le atravesó el cuerpo por el costado derecho".

<sup>10</sup> Se refiere a la actitud vengativa de Thysquesuzha, contra el zaque, al asumir el reino, muerto Neméquene.

<sup>11</sup> Comentario sobre el Sogamoso cuando suministró armas al zaque para la batalla del arroyo de las Vueltas. El Sogamoso le niega esas armas al zaque para la guerra contra el zipa.

<sup>12</sup> Con esta sentencia se inicia el Libro III en el que se narran las conquistas hechas por Rodrigo de Bastidas, García de Lerma y Pedro Badillo, así como la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada hasta el pueblo de la Tora. En seguida de la sentencia y con estilo también sentencioso, añade Fernández de Piedrahita: "Ninguno tan costeado con sufrimiento y afanes, como

## 13.

... Justamente recelaba los monstruosos efectos que suele producir la extrema necesidad cuando cae sobre gente de guerra, que la falta de un gobernador temido no la tenía menos relajada en pocos días, que pudiera la ociosidad en muchos años, y que, finalmente, no hallaba remedio para un mal que había de resultar de la unión de muchos, sino el de empeñarlos divididos en diferentes facciones del país donde el trabajo y la esperanza desvaneciesen aquella tempestad que amagaba<sup>13</sup>.

(Lib. III, Cap. III, pág. 78).

## 14.

No se gana la fama con la obstinación empeñada en precipitar al dueño donde faltan empresas que la disculpen sino donde la espada pueda abrirse el camino a un fin glorioso<sup>14</sup>.

(Lib. III, Cap. v, pág. 105).

## 15.

Las rechazaba su prudencia con ánimo sosegado, respondiendo a las propuestas como si fueran consultas y no

---

el que produjo la conquista del Nuevo Reino de Granada, hecha por los españoles (no sé que trasplantados perdiesen el nombre ni la naturaleza). Sirviese el descubrimiento de escuela para desdichas, y no tiene que extrañarlas quien las hereda, y si el referir miserias pudiera granjear atención a sus méritos, muy por menor las tomara a su cuenta la pluma, habiendo sido tan grandes, pero llegan tan cansados los ecos de un mundo a otro, que sólo sirven de testigos en la distribución que se hace a méritos forasteros de los premios, que corresponden a servicios naturales".

<sup>13</sup> Consideraciones que hace el Capitán Cardoso. Muerto García de Lerma, Santa Marta había quedado sin seguro gobierno. Se añadían además las noticias desesperanzadas de las tropas de Céspedes y San Martín sobre las tierras del interior que habían incursionado durante quince meses. En la ciudad amagaba, pues, un motín. Céspedes recomienda dividir a los descontentos enviándolos a distintas conquistas.

<sup>14</sup> Estas palabras forman parte de las reconvenciones que las tropas dirigían a Quesada para que desistiera de proseguir la conquista por el río de la Magdalena.

dándose por entendido de los desahogos con que se hablaba en el campo<sup>15</sup>.

(Lib. III, Cap. v, pág. 105).

16.

Poco tuvieron siempre de meritorias las calamidades, que no pasaron por el crisol de los trabajos hasta el examen de la constancia. Fúndase ésta en la grandeza de un ánimo elevado a quien ni los prósperos ni los buenos sucesos inmutan. A muchos acreditó poderosos el relámpago de una buena fortuna; pero muy pocos dejaron de llegar a la cumbre del premio, habiendo encaminado los pasos por la estrecha senda de la perseverancia. ¡Oh, cómo es de ver un corazón magnánimo combatido del granizo y de la borrasca, sobre quien parece pretendió el cielo caerse a pedazos! Acredítase diamante a quien falta fuerza que lo contraste y, jurando de roca para los combates, descubre en la tormenta de las adversidades que lo crío Dios para que la naturaleza probase hasta dónde puede llegar el valor y la constancia<sup>16</sup>.

(Lib. IV, Cap. I, pág. 108).

17.

Tenía grande el corazón, que es el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor los extremos más grandes<sup>17</sup>.

(Lib. IV, Cap. II, pág. 124).

<sup>15</sup> Comentario sobre las respuestas de Quesada a los requerimientos de los soldados.

<sup>16</sup> Con este párrafo se comienza el libro IV, en el que se relatan las hazañas de Benalcázar y el término de la expedición de Quesada hasta invadir el reino de Bogotá. Como es usual en estos momentos, Fernández de Piedrahita añade un texto de historia comparada: "De la reclusión de la Barleta salió el gran capitán a coronar sus trabajos con la conquista de Nápoles, premio que le hubiera faltado si no lo costeara con el sufrimiento de un año de mala fortuna; y de la estrechez de muchos peligros y montes veremos ahora salir algunos héroes famosos, para que por el premio de más constante reconozca el lector al que fue más benemérito".

<sup>17</sup> Se refiere a Gonzalo Jiménez de Quesada cuando éste, después de la epopéyica expedición hacia el reino de los chibchas, ve la vastedad de las futuras conquistas.



## 18.

Es más firme sujeción la voluntaria que la violenta, y consíguela siempre el trato afable de los caudillos... No tiene un capitán gasto de menos costa que el de la afabilidad, ni el soldado recibe paga de que haga más estimación<sup>18</sup>.

(Lib. IV, Cap. III, pág. 127).

## 19.

Preguntado Marco Catón cómo había vencido cierta ciudad de España, respondió que caminando en dos días lo que se andaba en cuatro, porque si la prevención es de trueno, la ejecución debe ser de rayo. ¿De qué habrán aprovechado las calamidades si no conseguimos la gloria que la fortuna les facilita? ¿De qué haber librado las vidas, cuando tantos buenos amigos han perecido, si no las aventuramos de suerte que nuestro nombre se eternice o una honrosa muerte nos disculpe? Los que de sí desconfían son padrones en que se esculpen las victorias de los contrarios, y los que nada temen cuando la suerte está echada, son galanes de la fortuna a quienes ella corteja con los mismos favores que a Julio César... Reprueba la prudencia ocasionar el combate, pudiendo conseguir el fin por medios más suaves. De los mayores aciertos fue medianera la paz y el agasajo, conveniencias entrambas que aun los más bárbaros apetecen<sup>19</sup>.

(Lib. IV, Cap. III, pág. 128).

<sup>18</sup> Se condensa así el aprecio que los soldados de Quesada le profesaban. En medio de las dos sentencias, Fernández de Piedrahita intercala una alusión histórica: "En la batalla de Pavía atendió más un soldado a pedirle perdón al marqués de Pescara de no asistirle que al remedio de las heridas de muerte con que se hallaba; y no fue tan adversa la artillería del campo imperial para el rey Francisco, como el denuedo con que los tercios de España pelearon por el amor que al marqués tenían".

<sup>19</sup> Del discurso de Quesada a sus soldados, Fernández de Piedrahita lo antecede con esta introducción: "Aunque Castellanos ni Herrera lo dicen, siendo el primero tan curioso observador de la verdad, lo que consta sólo es (preceda o no la elección) que teniendo junto su campo y puestos los ojos en los acaecimientos futuros, les habló de esta manera: 'Hase llegado el tiempo...'. Nótese que el historiador dentro de ese discurso pone en labios de Quesada, el letrado, dos referencias, una a Marco Catón y otra a Julio César.

## 20.

En tan breve tiempo descubre su inestabilidad la inclinación humana, pues aquellos mismos que antes dieran por un pedazo de pan todas las riquezas del mundo, cuando se vieron con el bastimento a rodo, malcontentos de su fortuna, la maldecían, teniendo la falta de riquezas por última de las infelicidades...<sup>20</sup>.

(Lib. IV, Cap. v, pág. 137).

## 21.

Breve soplo es la humana felicidad; apenas se descuella entre luces, cuando se desvanece en sombras. Aún no la tiene colocada en su cumbre, cuando le dispone precipicios la fortuna. Entretiéndose ésta en levantar imperios de las ruinas de los que parecían más seguros. Ensangriéntase picada en despreciar majestades, arrastrar coronas y regular la vida de los reyes por la suerte de los plebeyos, siendo los instrumentos de que se vale los que menos temió la soberanía, para que más sobresalga su poder y mudanza. Tres príncipes sucesivamente lloró la Francia muertos a manos de sus vasallos, tan conformes en el nombre como en la desgracia; otros tres Incas del Perú entre el dogal y el cuchillo; algunos reyes, España en los principios de su imperio godo, y muchos monarcas, Roma; despojos todos de una violencia impensada, que parece dejó en vínculo a las majestades la infelicidad de Julio César. Y ahora veremos la tranquilidad de un imperio grande turbada con los huracanes de la violencia; mal seguro el dominio en manos del temor y espanto, y entre las ruinas de su grandeza publicarán dos reinos sujetos las variedades de la fortuna. No, sino veremos en las disposiciones del cielo el corto tránsito que algunos príncipes tienen del sitial a la cadena, y otros del trono al cuchillo, y cuán despreciable es una majestad que declina en manos de una codicia poco atenta

---

<sup>20</sup> Alude a los soldados de Quesada que no pudieron obtener de inmediato los tesoros que ambicionaban.

en guardar privilegios, que la misma naturaleza escribe en los frentes de los que nacieron reyes<sup>21</sup>.

(Lib. V, Cap. I, págs. 144-145).

22.

Tiempo, cuidado y paciencia son los fiadores de buenas fortunas, y así no hay que desconfiar de las apariencias por más infelicidades que anuncien, pues la apresuración y desconfianza apartó de muchos la dicha que tuvieron entre manos, para ponerla en otras, dejándolos en el miserable estado que no imaginaban<sup>22</sup>.

(Lib. V, Cap. II, pág. 153).

23.

Los lacedemonios no castigaban al soldado que en la guerra perdía la lanza sino el escudo, para dar a entender que es mejor conservar que adquirir<sup>23</sup>.

(Lib. V, Cap. III, pág. 163).

24.

Como de los corazones lastimados con injurias siempre renacen memorias en qué esculpir de nuevo el agravio, y la fidelidad en los indios sea hija del temor y su venganza duerma sólo mientras no hallan disposición de ejecutarla...<sup>24</sup>.

(Lib. V, Cap. III, pág. 163).

---

<sup>21</sup> Esta hermosa introducción inaugura el libro V en el que se cuenta la sujeción de los reinos muiscas a manos de Quesada.

<sup>22</sup> Exáltanse las virtudes de Quesada, que no se apresuró a la conquista de los Llanos sino que se dio maña en indagar la procedencia de las esmeraldas.

<sup>23</sup> Los españoles pretendían extender con premura los límites de la conquista hacia los llanos de San Juan. "Sepulcro de la nación española" llama Fernández de Piedrahita a la sierra por donde se descendía a los Llanos.

<sup>24</sup> Alude al despotismo del zaque de Tunja, a quien antes había elogiado en sus virtudes, deslucidas por "los sangrientos castigos que hacía en los suyos, llevado de su condición áspera y crueldad de ánimo: vicios que cuanto más se extreman en sembrar temor en los súbditos, tanto más se malquistan, re-

25.

Ventajosamente pelea quien vive armado de prevenciones, y vanamente batalla el que empieza con sobresaltos. Estos fueron los primeros enemigos que tuvieron para su daño los indios; y aunque reconocieron la cautela de los españoles, importó poco, porque la discurrieron turbados<sup>25</sup>.

(Lib. V, Cap. vi, pág. 181).

26.

No hay felicidad humana sin emulación oculta o descubierta...<sup>26</sup>.

(Lib. V, Cap. vi, pág. 183).

27.

Algún oro, que es el mejor tercero de voluntades<sup>27</sup>.

(Lib. V, Cap. vii, pág. 189).

28.

Uno de los más sensibles golpes de una mala fortuna es que haya de rendir obsequios el que se aventajó siempre con su esfuerzo propio, a quien sólo pudo parecer más valiente con el amparo ajeno<sup>28</sup>.

(Lib. V, Cap. vii, pág. 189).

---

conciliando odios, que son las basas mal seguras en que pelagra la obediencia". Un súbdito del zaque, indio noble y señor de Baganique, en venganza, prometió a Fernán Venegas mostrarle el sitio de los tesoros del zaque.

<sup>25</sup> Se alude a los vanos esfuerzos de los muiscas por liberarse de los españoles. Muerto Tysquesuzha, lo heredó su general Sacrezazipa.

<sup>26</sup> Se refiere a la envidia que tenían a Sacrezazipa, Cuxinimpaba y Cuxinimegua, "entrambos muy venerados no menos por lo militar de sus acciones que por el esplendor de su sangre".

<sup>27</sup> Alude a los indios que pensaron en pedir paces a Quesada y regalarle con presentes antes que padecer una ruina total de su nación. En efecto, enviaron cuatro indios principales como embajadores.

<sup>28</sup> Por mandato de Quesada, el Tocarema, el Síquima, el Matima y el Bulundaima, debían comparecer ante Sacrezazipa, aliado ya de Quesada, y rendirle las armas con todas las ceremonias de vencidos a vencedores. Quesada los había sometido con la ayuda de Sacrezazipa.

## 29.

No porque los hombres se vean mejorados de fortuna, aseguren la conservación de su felicidad, pues ninguno de los engaños humanos tiene menos consistencia que las dichas. Su movimiento es tan continuo, que sin detenerlo crecen aceleradamente o apresuradas descaecen. El mejor aforismo para no perderse en ellas es gozarlas con temor, porque al echarlas menos tenga la prevención mitigado el dolor de que falten. En los varones cuerdos pocas ruinas hicieron las baterías de su inconstancia; pero en quien se creyó de que tenían firmeza, raras veces se halló valor para escapar del sobresalto con que miran trocada en tormenta la serenidad de sus buenos sucesos<sup>29</sup>.

(Lib. VI, Cap. 1, pág. 190).

## 30.

Donde la codicia reina no se ejecuta acción que no vaya errada; porque la primera diligencia que hace es cegar el entendimiento para que el discurso falte, y, desordenado el apetito, repruebe cuanto la razón aconseja<sup>30</sup>.

(Lib. VI, Cap. 1, pág. 194).

## 31.

Con facilidad la flaqueza humana inclina el ánimo más recatado a obrar en abono de sus apetitos rebeldes, siendo muy raro el varón grande que por la parte del interés no

<sup>29</sup> Se inicia así el libro VI. Este párrafo señala el desenlace de la vida de Sacrezazipa, quien encarcelado dilató con estratagemas revelar el sitio de los tesoros del zipa, hasta que murió en el tormento. Fernández de Piedrahita añade: "Bastante desengaño dará el último zipa de Bogotá desta turbación inconstante de vientos con que navegaron sus dichas".

<sup>30</sup> Alude al apresuramiento con que Quesada mandó ahorcar a Quixinimpaba y Quixinimegua, émulos de Sacrezazipa, quienes tampoco pudieron revelar el sitio de las riquezas del zipa. Ellos habían delatado a Sacrezazipa como espurio heredero del zipa y Sacrezazipa los había delatado ante Quesada como encubridores del tesoro real.

haya aventurado los aplausos que le merecieron otras heroicas virtudes<sup>31</sup>.

(Lib. VI, Cap. I, pág. 196).

32.

Aun en los más rebeldes ánimos hace batería la memoria de la muerte<sup>32</sup>.

(Lib. VI, Cap. II, pág. 197).

33.

Con error suele proceder la confianza humana mientras la gobierna la pasión, de que se sigue no otorgar los recursos que a los reos concedió la naturaleza, cuando de admitirlos se reconoce que el juez no falta a la obligación de su oficio, aunque después, por tribunal superior, se falte a la justicia<sup>33</sup>.

(Lib. VI, Cap. II, pág. 200).

---

<sup>31</sup> Trátase de la muerte de Sacrezazipa. Según Quesada, citado por Fernández de Piedrahita, murió a consecuencia de los tormentos padecidos. Quesada se duele en su *Compendio historial* de haber cooperado a la injusticia por complacer a sus gentes. Jerónimo Lebrón había acusado a Quesada de haberle ajusticiado, cargo que negó el Adelantado: "entonces los españoles pedían muy ahincadamente que le tornasen de nuevo a reiterar los tormentos, pedido con tanta porfía que el licenciado se lo entregó y que allá se lo hubiesen, lo cual visto por ellos, le dieron buenos tormentos, sin los dados por el licenciado; y yo fío que debieron de ser buenos, porque lo volvieron maltratado al real, donde de allí a dos meses, según la más común opinión, acabó de los tormentos". Hasta aquí Quesada citado por Fernández de Piedrahita.

<sup>32</sup> Por la predicación de fray Domingo de las Casas, los conquistadores de Bogotá deciden fundar una memoria perpetua de misas en honra de aquellos que "habían sido los primeros a las fatigas de allanar los caminos por montes y ciénegas, eran ya despojos de la muerte, sin que ésta pudiese hacerlos incapaces ni indignos de entrar a la parte con todos".

<sup>33</sup> Quesada se apresuró a sentenciar a Lázaro Fonte, acusado infundadamente de negociar una esmeralda con un indio. A Lázaro Fonte se le cortaría la cabeza. Los soldados designaron al capitán Gonzalo Suárez Rendón para impetrar clemencia.

## 34.

Ninguno procede tan ciego en sus determinaciones, que de todo punto pierda la vista para las propias conveniencias<sup>34</sup>.

(Lib. VI, Cap. II, pág. 200).

## 35.

Que todos los vicios juntos parece que no hacían a un hombre malo, si no los acompañaba con la ingratitud, el más detestable de todos<sup>35</sup>.

(Lib. VI, Cap. II, pág. 202).

## 36.

Sufría sin airarse los menosprecios que de su persona hacían algunos soldados imprudentes que pretendían excederle por el esplendor de la sangre, cuando no le igualaban en la fortaleza del ánimo; ésta es la condición de los que quieren apropiarse a sus vicios la veneración y nobleza que se debió a la virtud de sus antepasados<sup>36</sup>.

(Lib. VI, Cap. VI, pág. 231).

## 37.

Que una buena retirada siempre fue seguridad de una victoria, y nunca puede engendrar temor cuando el que la ejecuta sabe que lo hace para disponer más bien los medios de un triunfo. Que con el retiro que afectó hacer Aníbal

<sup>34</sup> Se refiere también a Quesada. Al ver éste la unanimidad del campo en favor de Lázaro Fonte, conmutó la pena capital por destierro. Añade Fernández de Piedrahita: "la pasión lo apremiaba, pero veía todo un campo convenido en un parecer, y aunque lo manifestaba con rendimiento, no ignoraba su sagacidad que lo más tiene hecho la desobediencia, cuando se conforman los súbditos en sentir mal de los superiores".

<sup>35</sup> Esta es una de las razones que la india, compañera de Lázaro Fonte en el destierro, expone al cacique de Pasca, para que ampare al desterrado. El raciocinio de la india se basaba en que Lázaro Fonte había sido desterrado por oponerse a la destrucción de los indígenas.

<sup>36</sup> Refiérese a Blasco Martín, soldado virtuoso, valiente, humilde, de quien Fernández de Piedrahita, siguiendo a Castellanos, hace extenso encomio.

de dos cónsules romanos supo triunfar de muchos en la batalla de Canas; y al no retirarse el marqués de Pescara de los muros de Marsella, no hubiera conseguido los triunfos de Pavía<sup>37</sup>.

(Lib. VI, Cap. VII, pág. 238).

38.

Aliméntase la obediencia de los súbditos del agasajo del superior; y como es la libertad tan amable a los hombres, nunca el rendimiento será seguro, si el arte no lo reduce a voluntario. Muchas veces con el temor o la conveniencia suele admitirse el dominio, pero si éste elige por ministro al rigor, no hay cordero que por sacudirlo de sí no se transforme en león. Un pueblo puesto en servidumbre es arco que se gobierna con la cuerda templada del poder para que aproveche al dueño; pero si ésta se extiende a todo lo que alcanza el brazo, no hay cuerda que no peligre con resentimientos del arco. No pocas veces alegaron falsamente esta máxima los Países Bajos para paliar su rebeldía, y ¿cuántas se oyeron los estallidos del yugo romano hasta que falsearon las coyundas? Por eso fue tan fácil a muchos tiranos colocarse en el trono; y por eso también fue permitido a pocos morir con el cetro. En un medio donde son extremos la vejación y la muerte, aunque más cobarde parezca un espíritu, siempre elegirá la muerte apresurada donde la libertad es contingente, antes que la sujeción infame donde la muerte es dilatada<sup>38</sup>.

(Lib. VII, Cap. I, págs. 245-246).

<sup>37</sup> Palabras del discurso que Alonso Martín hace a los ejércitos para enrumbar proas hacia el Cesare. Él era el comandante naval de la expedición de Jerónimo Lebrón, y no quería que la armada se entretuviese más en guerrillas contra los indígenas de las regiones de Zompallón.

<sup>38</sup> Se inaugura así el Libro VII en el que se recuentan las rebeliones de los muiscas. Fernández de Piedrahita añade en seguida: "Ninguna nación pareció menos guerrera que la mosca; sus armas fueron su desnudez, y por eso los temores fueron consejeros que la redujeron con facilidad a dar obediencia a los españoles, después que alguna defensa los acreditó racionales, intentando conservarse libres; mas en llegando a descenfrenarse el dominio, veremos rebeldes los más pacíficos de las provincias de Vélez, Tunja y Santafé,



## 39.

Piensen los que mandan que con un agrado sobrepuesto borran los agravios de marca que hacen en los súbditos, y juzga la codicia que no hay peligro donde se propone el interés<sup>39</sup>.

(Lib. VII, Cap. III, pág. 260).

## 40.

La quiebra de una reputación perdida no puede soldarse si no es con los desquites nobles de un corazón avergonzado<sup>40</sup>.

(Lib. VII, Cap. III, pág. 265).

## 41.

A corazones enseñados a vencer, los mayores números sólo sirven de aumentar despojos gloriosamente<sup>41</sup>.

(Lib. VII, Cap. III, pág. 265).

## 42.

No menos apoderado de la vanidad que de la lascivia, vicios que de ordinario siguen a la juventud y a la prosperidad<sup>42</sup>.

(Lib. VII, Cap. V, pág. 275).

---

los campos bañados en sangre por más de treinta años, y la obstinación tan firme, que solamente pueda poner fin a las guerras el asolamiento de las provincias".

<sup>39</sup> Juan Gascón, encomendero de Thisquizoque, extorsionaba a los indígenas para que le llevasen más oro. El cacique prometiote mayor abundancia si Gascón accedía a visitarlo en Thisquizoque. Alegaba el indiano que los súbditos con la presencia del encomendero extenderían su largueza. Gascón halló la muerte en esa celada de su codicia.

<sup>40</sup> Refiérese al extremo valor con que actuaron "Céspedes, Rivera y el Zorro, los mejores jinetes que entraron en las conquistas del Nuevo Reino", para dominar a los rebeldes de Thisquizoque a los que se había aliado el Saboyá.

<sup>41</sup> Alúdese al final de la anterior batalla, ganada por los españoles aunque eran escasos de número.

<sup>42</sup> Hernán Pérez de Quesada hizo los repartimientos de Tunja con favoritismo hacia los soldados de Benalcázar quienes usaban "bien del arte de

## 43.

Es tan varia la condición de los hombres que no encuentra el discurso estado en que tengan quietud sus deseos: posee apenas el bien que apeteció, cuando la posesión le es tormento del que le falta; y apenas lo espera cuando en la esperanza halla la fatiga de no poseer el que deja. Todo lo yerra la humana inconstancia, si se agrada más de lo que se espera que de lo que se goza, porque su apetito desestima siempre las mayores conveniencias que tiene; y si aplica la inclinación a las comodidades de poseer, también lo yerra, porque su ligereza hace más aprecio de los males que se consiguen que de los bienes que para su daño le faltan. ¡Oh inestabilidad de los hombres, y quién podrá negar tus movi- lidades!<sup>43</sup>

(Lib. VIII, Cap. 1, págs. 299-300).

## 44.

Rendirse de suerte a una desdicha, que no aspire el ánimo a probar el desquite, cobardía es que la naturaleza esculpíó

---

la lisonja y de otros que inventa la adulación en perjuicio de los que mandan". Además lo proveían de pábulo a su sensualidad, "con algunas mujeres que habían llevado del reino de Quito".

<sup>43</sup> Se abre así el libro VIII. Después de una comparación histórica, el historiador explica la razón de la sentencia: "Anhelaba Duarte Pacheco a la gloria de gran capitán, consíguela con aplauso de todas las naciones de oriente, y malcontento de lo que goza, pasa a la Europa y cambia sus felicidades por los ultrajes con que lo trata Lisboa. Gobernaba un mundo Fernando Cortés, porque supo ganarlo el valor de su brazo, y ambicioso de más fama, pasa al Africa y desconfían de que gane la plaza de Argel quien supo sujetar tantos reinos. ¿Cuánto más gloriosamente hubiera acabado Bolestain en las conveniencias de su retiro que muriendo a violencias del acero por salir de la sujeción de vasallo? No hay hora en los tiempos en que no hayan dejado ejemplares desta verdad las historias; y en ésta veremos al adelantado don Alonso Luis de Lugo trocar la veneración y riqueza que gozaba como gobernador en el Nuevo Reino, por los trabajos y desaires que experimentó como reo en esta corte. A Jerónimo Lebrón, que por no contentarse de su gobierno, donde le obedecían con respeto, pasó después de varios peligros por el desaire de verse ahajado donde fundaba los intereses de su dominio. A muchos caciques sujetos a una muerte horrorosa por no haberse contentado de una sujeción tolerable. Y finalmente veremos correr avenidas de incendios, sangre y enemistades, por no contenerse el corazón humano, ni dentro de los ceñidos términos de la posesión ni de los dilatados espacios de la esperanza".

por afrenta de pechos afeminados. Aun el valor gobernado por la prudencia se arriesga a la segunda fortuna a pesar de un accidente contrario<sup>44</sup>.

(Lib. VIII, Cap. iv, pág. 315).

45.

Aquella fiereza más necesitaba de halagos para domarla, que de violencias para oprimirla<sup>45</sup>.

(Lib. VIII, Cap. iv, pág. 316).

46.

¡Rara ambición la del corazón humano! En la más corta fortuna confía, y en el infortunio más crecido no desespera<sup>46</sup>.

(Lib. IX, Cap. i, pág. 343).

47.

El dominio adquirido más con la espada que con la razón siempre engendre celos en quien se teme de verlo deshecho por los mismos medios que se introdujo<sup>47</sup>.

(Lib. IX, Cap. i, pág. 343).

---

<sup>44</sup> Los panches, después de sometidos por Gonzalo Jiménez de Quesada, se levantaron en armas. Comentando la sentencia Fernández de Piedrahita añade: "Gaspar de Coliñi, desamparado de la dicha, se levantó más formidable siempre que las Lises de Francia lo vieron caído; y si Julio César en la guerra de Pompeyo guiara sus resoluciones por la resulta del primer encuentro, no lo aclamaran victorioso en la segunda batalla".

<sup>45</sup> Según Jiménez de Quesada, los panches, por ser nación belicosa y habitante de una provincia áspera, debían ser conquistados más por el halago que por la fuerza.

<sup>46</sup> Se refiere a los indígenas, casi sojuzgados por completo a los españoles, pero advertidos por la esperanza de recobrar la antigua libertad. Aquiminzaque, en especial, quien había sucedido a Quimuinchatecha, abrigaba esa voluntad de liberación. Sin embargo, añade Fernández de Piedrahita que aunque se había permitido a Aquiminzaque gozar de preeminencia entre su nación, "más era fantástica la dignidad que verdadera".

<sup>47</sup> Celos engendraba en Hernán Pérez de Quesada la concurrencia a Tunja de todos los caciques circunvecinos para asistir a la boda de Aquiminzaque con la hija del elector de Gámeza.

## 48.

No discurren de otra suerte los que aprenden los primeros rudimentos en la escuela de la injusticia; y es tan poderoso el ejemplo de los superiores que obran mal, que aun no deja a los súbditos el camino dudoso de proceder bien <sup>48</sup>.

(Lib. IX, Cap. 1, pág. 344).

## 49.

Hay algunos sentimientos de primera magnitud, que se recatan de los labios porque solamente caben en los dilatados espacios del corazón, donde así entorpecen los conductos que dan paso al dolor, que ni respiran para la queja ni se alientan para el sollozo <sup>49</sup>.

(Lib. IX, Cap. I, pág. 346).

## 50.

Poco necesita nuestra ambición para ensanchar los términos de la esperanza <sup>50</sup>.

(Lib. IX, Cap. III, pág. 358).

---

<sup>48</sup> Se enjuicia a los capitanes del Perú, "acostumbrados a ver monarcas más grandes sujetos al dogal y al cuchillo, y a teñir las espadas en sangre real". Esos capitanes pretendían una matanza general, a lo que se opusieron Olalla y Venegas. Hernán Pérez de Quesada, aún guardando el orden judicial de la causa, se dejó arrastrar por el ánimo de los capitanes peruanos. Fernández de Piedrahita censura aquí, como en muchos casos, la injusticia de los españoles. Asevera que el cielo tomó manifiesta venganza de esa sangrienta revolución y "que si las historias deben relatar las glorias de sus hazañas para la imitación, no por eso deben callar la fealdad de sus malas obras para la enmienda".

<sup>49</sup> Así sentencia Fernández de Piedrahita la actitud de los pueblos indígenas cuando silenciosos en la plaza de Tunja veían a Aquiminzaque, último de los zaques, concurrir con grandeza de ánimo al cadalso. Al siguiente día se ajustició a los demás caciques.

<sup>50</sup> Alude al engaño que usaban los indios con los españoles, buscadores de El Dorado, "asegurándoles más adelante todo aquello que inquieren como dudoso".

## 51.

El corazón humano de nada se paga tanto como de los propios aplausos<sup>51</sup>.

(Lib. IX, Cap. iv, pág. 366).

## 52.

Desmiéntense todos los vicios a la sombra de un corazón liberal, y ahóganse las virtudes más grandes entre la sed de un espíritu codicioso. Para estos dos extremos previno la fama todo el caudal de los pueblos, desprecios para la codicia, téngala quien la tuviere, y aplausos para la generosidad, aunque se administre por los más viciosos<sup>52</sup>.

(Lib. IX, Cap. vi, pág. 382).

## 53.

Rara polilla de un reino la de un gobernador codicioso, ¡y monarca infeliz el que pasa entre las sombras del disimulo una culpa tan clara!<sup>53</sup>.

(Lib. X, Cap. i, pág. 390).

---

<sup>51</sup> Ardua empresa someter al rebelado Ocabita. Alonso Martín habíalo asediado en una cumbre y sólo llegó hasta el reducto inclinándole "la voluntad con los elogios que de su nobleza y persona le decía". El Ocabita se rindió a las paces, "de verse lisonjeado por hijo del sol y de la luna". Más adelante añade Fernández de Piedrahita: "y tanto más debió el Nuevo Reino a la persuasiva de Alonso Martín que a las hazañas de tantos héroes famosos, cuanto excede la gloria de conservar a la dicha de adquirir".

<sup>52</sup> Señálanse las virtudes de Alonso Luis de Lugo y su codicia que opacaba aquellas virtudes. Al subir hacia el Nuevo Reino quiso, en mitad de la incursión, desistir de su empeño. Envió, sin embargo, un piquete de soldados que regresaron con otros de la ciudad de Vélez a conducir los ejércitos. Comenta Fernández de Piedrahita: "Pocas horas antes no pensaba en más interés que el de la vida, y ya parece que no apetece la vida sino para pensar en sus intereses. Este es el lunar con que la codicia afea, tal vez los más primorosos esmeros de la naturaleza".

<sup>53</sup> Alonso Luis de Lugo se hizo famoso por su codicia. Determinó vacantes todas las encomiendas y cobró para sí los tributos. Dice Fernández de Piedrahita: "Ni con sólo este medio se contentó el ansia de su codicia: antes se valió de otros muchos para enriquecer con la ruina de todos".

## 54.

Hay hombres por quienes los presagios más fatales para una desgracia se convierten en felices anuncios de una victoria <sup>54</sup>.

(Lib. X, Cap. II, pág. 396).

## 55.

No hay escollo en que tanto se rompa el disimulo de los superiores como el de los celos y envidia que les causa ver repartida con otros la adoración que tienen por suya, ni hay bajío en que tanto peligren los súbditos como el de un aplauso extraordinario en que todos reparan <sup>55</sup>.

(Lib. X, Cap. III, págs. 400-401).

## 56.

Guerras civiles, polilla incurable de los países que abundan de prosperidades <sup>56</sup>.

(Lib. X, Cap. V, pág. 412).

## 57.

No hay tiranía que no se alimente con sangre ni alevoso que no lo sea por el temor de encontrarse con otro <sup>57</sup>.

(Lib. X, Cap. V, pág. 418).

<sup>54</sup> Señálase la importancia de escoger buenos colaboradores para difíciles empresas. Felipe de Utre, conquistador de Venezuela, en su expedición a los omeguas, llevó como cabo a Pedro de Limpias, "que, además de ser práctico y mañoso en aprender con facilidad el idioma de los indios, era venturoso en las empresas".

<sup>56</sup> Alonso Luis de Lugo sentía celos y envidia por los Quesadas a quienes bien querían los soldados y a quienes recurrieron para defenderse contra las exacciones del codicioso gobernante.

<sup>56</sup> Refiérese a los omeguas, gente belicosa, "criada toda su vida en marciales encuentros, no solamente con los extraños sino consigo mismos". El Cacique de Macatoa intentaba persuadir a Felipe de Utre de que no pasara al reino de los omeguas.

<sup>57</sup> Refiérese a Juan o Francisco de Carvajal, uno de los conquistadores de Venezuela, tirano y alevoso, a quien finalmente castigó Juan Pérez de Tolosa "con muerte de horca en la misma ceiba que reservó para otros". Fernández

58.

Que retrocediesen la vista a las edades pretéritas y verían que ninguno de los vasallos que echaron por el atajo de los medios ilícitos, dejó de caer en los desengaños de su ruina<sup>58</sup>.

(Lib X, Cap. vi, pág. 425).

59.

¡Lastimoso estado aquel en que sirve de alivio el tormento más grande!<sup>59</sup>.

(Lib. X, Cap. vi, pág. 425).

60.

Ningún arte encontró la ambición con más dificultades para la práctica que el de gobernar hombres. Este ha sido siempre el escollo en que peligraron las mayores capacidades<sup>60</sup>.

(Lib. XI, Cap. i, pág. 437).

---

de Piedrahita lo compara con el otro Francisco de Carvajal, soldado en el Perú; "para que notase aquella edad haberse visto en ella dos prodigios tan extraños como lo fueron dos Franciscos crueles y dos Carvajales traidores".

<sup>58</sup> Son éstos razonamientos que se atribuyen a Benalcázar al dialogar con sus gentes sobre la necesidad que tiene de promulgar las nuevas leyes de Indias. El les sugiere que suspenderá la ejecución mientras se nombran procuradores, "por ser éste el camino más llano para un acierto".

<sup>59</sup> En la guerra contra los muzos, éstos "despedían tan violentamente sus flechas, que no había sayo de armas que las resistiese". Los españoles, introducido el veneno por las heridas, pedían "apresurado remedio en el hierro y el fuego".

<sup>60</sup> Se abre así el libro XI. Si Alonso Luis de Lugo pecó por la desorbitada codicia, Pedro Luis de Armendáriz pecará por la extrema severidad. A lo anterior añade Fernández de Piedrahita: "De Servio Galba dijo Tácito que a no haber sido emperador, todos lo juzgaran capaz del imperio; y fue su más política discreción, pues casi cuantas veces aclamó el aplauso a muchos sujetos por beneméritos para los puestos que no tenían, otras tantas los despreció la experiencia por indignos de los cargos que ya tuvieron. A ningún rey calificó más la Francia por digno de su corona que a Henrico tercero antes que la heredase, y de ninguno se mostró más descontenta que del mismo Henrico, después de conseguirla. Fue su hermano, el de Alanzón, tan apetecido para gobernador de los Países Bajos, cuando rebeldes, como lo fue el primer don Juan de Austria cuando alterados; y ni a éste perdonó el odio ni al otro el desprecio, con haber sido tanta la diferencia en regirlos como fue la contrariedad de los genios".

## 61.

Deben de necesitar, sin duda, los que han de gobernar hombres de regular sus acciones por las que aplican para gobernar brutos, pues aunque de unos a otros sea tanta la diferencia, lo que resulta de unas y otras acciones parece lo mismo. Bien podrá ser que se extrañe la similitud entre el arte de gobernar una república y el de regir un caballo; pero quien cotejare el ajustamiento que ambas artes requieren, no es posible la extrañe, pues a la manera que se desacredita el jinete que llevando en proporción los miembros restantes, no lleva ajustada la mano, o poniendo todo el desvelo en el ajuste de la vara y la rienda, se desaira con el descuido de componer otra parte alguna del cuerpo; asimismo le importará muy poco al que gobierna hombres el cúmulo de muchas virtudes de las que debe tener, si se falta al ajustamiento de alguna de las que debe observar. Y si al descuido de la menor acción que al jinete le previno el arte, lo descompone un bruto, también al reparo de cualquier vicio con que se afea un juez, lo desacredita un pueblo<sup>61</sup>.

(Lib. XI, Cap. I, pág. 437).

## 62.

Es propia valentía de héroes, cuando sobra el valor, faltar a la venganza, pues no es bizarría de ánimo invencible castigar propios agravios<sup>62</sup>.

(Lib. XI, Cap. I, pág. 444).

## 63.

Son los agravios que se hacen a la plebe letras que se escriben sobre la arena, que cualquier agasajo airoso las borra;

<sup>61</sup> Esta sentencia comparativa es colofón de la introducción al Libro XI, Dice Fernández de Piedrahita sobre Armendáriz: "la uniformidad con que se malquistó tanto Miguel Díez de Armendáriz por la falta de una virtud que le notaban, habiendo sido en las demás ajustado, como se desacreditó su antecesor don Alonso Luis de Lugo por su codicia, habiendo sujetado los demás vicios a que pudieran arrastrarlo el verdor de la edad y despotiquez del dominio".

<sup>62</sup> Así ha debido obrar Benalcázar con Robledo, pero "inclinose al fin al peor consejo" y mandó ajusticiar a Robledo, dándole garrote.



pero los que a la nobleza, caracteres que se esculpen sobre diamantes y al recuerdo más leve se eternizan<sup>63</sup>.

(Lib. XI, Cap. III, pág. 455).

64.

Sin conocimiento alguno de lo bien o mal que obraba, ceguedad que se difunde desde los príncipes soberanos a los más inferiores ministros, porque, como éstos no puedan hacer juicio de su gobierno, que no sea por las exterioridades que atienden, y los súbditos sean hombres en quienes con facilidad miente la malicia semblantes de agradecidos, aun cuando se hallan más descontentos, de aquí es que algunos no corrigieron sus yerros porque se los doró la adulación, y otros se hallan turbados cuando, fenecido el cargo, se desengañan de que fue aborrecimiento lo que juzgaron benevolencia; pero como los juicios de los hombres sean tan diversos como las personas, rara vez se hallará gobernador en quien algunos no apoyen con veras por acertado lo que otros vituperan por malo, y más en los pueblos y reinos donde prevalecen parcialidades<sup>64</sup>.

(Lib. XI, Cap. v, pág. 464).

65.

Fue tanta la debilidad de sus armas y cortedad de los ánimos que al primer encuentro quisieron más padecer la infamia de cobardes que el dolor de atropellados<sup>65</sup>.

(Lib. XI, Cap. v, pág. 469).

<sup>63</sup> Armendáriz había afrentado públicamente a personas nobles, "achacándoles (no se supo si con verdad o sin ella) que se habían ocultado para no ir a la guerra contra Pizarro". Ilustrando la sentencia, añade Fernández de Piedrahita: "Agraviado el conde don Julián, fraguó en España la ruina del imperio godo, y en la ofensa que a Pelayo hizo un gobernador de Tarife desde Gijón, comenzó la caída de otro imperio africano".

<sup>64</sup> Refiérese al Gobierno de Miguel Díaz de Armendáriz que unos juzgaron justo y otros tiránico. Así comenta Fernández de Piedrahita: "bueno y justo por los Quesadas, y aborrecido como tiránico por los caqueucios, fundados unos y otros en la noticia de las virtudes y vicios que le traslucieron".

<sup>65</sup> La conquista de los chitareros se le encomendó a Pedro de Ursúa. Su maese de campo Hortún Velásquez de Velasco, en una de las incursiones cedió

66.

Aunque entre faccionarios tenga más estimación el mal que se hace a sus contrarios que el bien que se les hace a sí mismos, pero es la virtud tan amable que aun los más opuestos convienen para aplaudirla<sup>66</sup>.

(Lib. XI, Cap. v, pág. 472).

67.

Es asentado que son excesivamente mayores los gastos que costea el vicio en profanidades que los que aplican los poderosos a limosnas<sup>67</sup>.

(Lib. XI, Cap. vii, pág. 482).

68.

Suele muchas veces ganar la osadía cuanto lleva perdida la inferioridad; además que ya se aventaja en armas a su enemigo quien se refuerza con demostraciones de que no lo teme<sup>68</sup>.

(Lib. XI, Cap. ix, pág. 495).

69.

Porque los tiranos más se temen de los buenos que de los malos, pues tanto más espantosas les son las ajenas vir-

---

a los indígenas la conquista de la colina que se llamó del Espíritu Santo. Después, con todos sus ejércitos, Pedro de Ursúa dominó a las naciones indianas y fundó a Pamplona.

<sup>66</sup> Juicio sobre el proceder apacible de los oidores Góngora y Galarza, "genios opuestos a litigios", "de que resultó la benevolencia general que se conciliaron".

<sup>67</sup> Cerca de Pamplona se descubrieron ricas minas de oro. "Las minas más ricas de oro, que, a mi entender, se han hallado en las Indias, no atendiendo a la duración que tuvieron sino a la cantidad que mientras se labraron rendían", dice antes Fernández de Piedrahita. Aduce después dos testimonios, uno de Jiménez de Quesada y otro de fray Benito de Peñalosa, en la *Quinta excelencia del español*, donde pondera la majestad y riqueza de la corona que, para la Madre de Dios de Monserrate, ofrecieron los vecinos de Pamplona. Antes Fernández de Piedrahita comenta que tantas fueron las vanidades de esos mismos vecinos que "quedó la ciudad con el renombre de Pamplonilla la loca".

<sup>68</sup> Alúdese a la famosa osadía de don Pedro de Ursúa cuando rompió la emboscada y sitio a que lo habían reducido los Taironas.

tudes, cuanto más gratamente acarician la parcialidad de los vicios. A ninguno pareció tan formidable Boecio como a Teodorico, cuando tirano<sup>69</sup>.

(Lib. XII, Cap. I, pág. 504).

70.

Mucho es lo que aprieta la vejación para que se adelanten los bríos y más lo que vicia la ociosidad para que decline el valor<sup>70</sup>.

(Lib. XII, Cap. II, pág. 507).

71.

No es fácil de encartar entre los actos prudentiales el tolerado ahajamiento de la autoridad del oficio<sup>71</sup>.

(Lib. XII, Cap. II, pág. 511).

72.

Hay prudencias de primera magnitud que no se dejan percibir de escrutinios vulgares<sup>72</sup>.

(Lib. XII, Cap. II, pág. 511).

<sup>69</sup> Refiérese al licenciado Juan de Montaña, tristemente célebre por sus desmanes como visitador del Nuevo Reino.

<sup>70</sup> La tribu de los pijaos era escasa pero bravía. Sucesivamente fracasaron muchas incursiones contra ellos. Mientras en esos indios se acrecía la bravura, en los españoles medraba el deleite. Fernández de Piedrahita añade: "Instigados los helvecios de la braveza del duque Carlos, ejercitaron las armas hasta representar el primer papel en los teatros de las más sangrientas batallas; y menospreciada la sencillez holandesa de quien debía ampararla, trocó la caña en mosquete y las barquillas en urcas, hasta pescar la libertad a muy pocos lances. ¿Qué mucho, pues, sucediese en la América lo mismo que se practicaba en Europa, si el deleite fue apagando en los españoles el coraje que el mal tratamiento iba incendiando en los indios?"

<sup>71</sup> Montaña compartía el gobierno con el licenciado Briceño, quien con algo más que paciente prudencia toleraba a veces los excesos de aquel. A ello alude la sentencia. Añádese después: "Dejábase tratar en los acuerdos y públicas audiencias con voces muy bajas, apodos y nombres injuriosos", y que en la realidad, quitada aquella culpable sujeción de Briceño, no cabían en su persona.

<sup>72</sup> Alúdese a Briceño, tolerante con Montaña, a quien tal vez no podía reprimir so pena de mayores males: Briceño después "mereció otras plazas de que dio buena cuenta hasta ocupar la de Presidente del Reino en propiedad".

73.

Ninguno deshace el espejo en que debe mirarse, si no teme se le descubran fealdades a los rayos de su limpieza<sup>73</sup>.

(Lib. XII, Cap. II, pág. 513).

74.

Torpeza incurable pretender con acciones de brutos aquellos puestos que destinó la razón para los muy racionales<sup>74</sup>.

(Lib. XII, Cap. II, pág. 513).

75.

Pero como al que juzga con amor el cuervo le parezca blanco, y al que mira con odio el cisne le parezca negro, y éstos dos extremos de odio y amor sean los polos en que estriba la buena o mala fortuna de los reos<sup>75</sup>.

(Lib. XII, Cap. III, pág. 515).

76.

Ningún consejo bastaba para enmendarlo, pues aunque descubriría buenos deseos de seguirlo, y con algunas demostraciones lo acreditaba, eran retoños de tronco envejecido en sequedades, que si al riego continuado de las amonestaciones reverdecían, al primer influjo del estío de su fogosa inclinación, se marchitaban; tan dificultosa es de vencer una

---

<sup>73</sup> Se encuentra esta hermosa sentencia entre las muchas razones que doña Catalina de Sotomonte, "con los ojos de su prudente consideración, y amante verdadera del marido", instaba a Montañó para que desistiera de los desafueros. Alúdese especialmente a los procedimientos con que trataba a Armendáriz, su antecesor en el gobierno.

<sup>74</sup> Montañó desoía a su mujer y perseveraba en hacer ruidosos castigos. "Juez de campanada" lo llama Fernández de Piedrahita.

<sup>75</sup> Refiérese a la sentencia que Montañó y Briceño pronunciaron sobre los oidores Góngora y Galarza. "Montañó condenó a los oidores en privación de oficios y otras penas pecuniarias, y el Briceño tan templadamente, como debió hacerlo en justicia".

mala costumbre de vicios, si con otra contraria de virtudes no se le hace la guerra<sup>76</sup>.

(Lib. XII, Cap. III, pág. 521).

77.

Como un abismo de culpas llame otro de insolencias, y a una imprudencia tolerada sean consigüentes muchos desatinos<sup>77</sup>.

(Lib. XII, Cap. v, pág. 537).

78.

Enturbiada una vez el agua, tarde recobra la hermosura de su diafanidad; y no hay que asegurarse de incendios amortiguados mientras en algún tizón se conserva la llama<sup>78</sup>.

(Lib. XII, Cap. vi, pág. 547).

79.

No hay quien menos recatos observe que el valor, ni quien mienta más agasajos que un alevoso: más traiciones ha dispuesto la cobardía que el agravio; y a más héroes ha muerto la propia confianza que la valentía ajena<sup>79</sup>.

(Lib. XII, Cap. ix, págs. 594-595).

<sup>76</sup> Para residenciar a Montañó, envió el Consejo de Indias al doctor Arbisó quien naufragó cerca a las Canarias. Estos avisos sólo momentáneamente refrenaban a Montañó.

<sup>77</sup> Refiérese a Montañó. Nárranse en seguida desaciertos de Montañó que parecen insensatez.

<sup>78</sup> Refiérese al desasosiego que dejó en el reino el mal gobierno de Montañó.

<sup>79</sup> Diego García de Paredes, vencedor del tirano Lope de Aguirre, había sido nombrado gobernador de Popayán. Viniendo a su sede, arribó a uno de los puertos de la costa de Caracas. Indios ladinos que lo reconocieron, maquinaron asesinarle y lo halagaron a que desembarcara mientras se daba aviso al capitán Luis de Narváez, íntimo amigo. Allí murió en la emboscada. Sólo se salvó un marinero.